

Andalucía

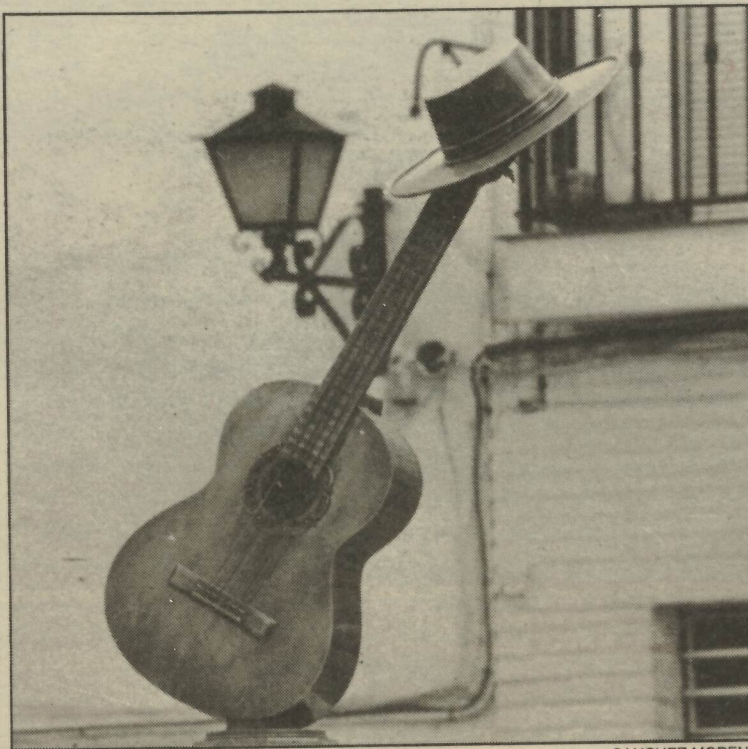
MIGUEL MOLINA

Andalucía ha sido un pueblo casi siempre mal comprendido. De él se ha visto apenas lo exterior, lo epidérmico, sin que, con el bisturí de la curiosidad inteligente, se haya ahondado en su contextura interna, en su nervio oculto. Así, la imágen en circulación, falseada con manidos tópicos de manera insistente, ha llegado a convertirse en el retrato trucado que todos conocen y consideran como real. Incluso no pocos andaluces se lo han creído.

Pero la verdadera Andalucía, la que se descubre una vez eliminadas adherencias y hojarascas, es bien distinta; en nada se parece a la del folklore burdo y artificioso de la propaganda turística.

El andaluz es un pueblo serio que posee un sentido algo fatalista o, mejor, determinista, de la vida. De ahí que la asuma con estoicismo, con un sereno y humano estoicismo a lo Séneca —no en vano era cordobés—, fruto de la convicción de que todo en este mundo es transitorio, fugaz, parecedero. Y ésto no deja de ser sabiduría, melancólica sabiduría de un pueblo que ha vivido mucho y cuyas tierras han sido camino, cuando no asiento y hogar, de extraña y aventurera gente de otros países. Desaparecida Tartessos, pasaron por aquí fenicios, griegos, cartagineses, romanos, visigodos, árabes, judíos... y todos dejaron, con mayor o menor intensidad, su huella, como no podía ser menos; huella o herencia que ha conformado su especial psiquismo.

El error de quienes no se han dado cuenta de ese saber popular consiste en que sólo se fijaron en el rostro amable con que se acepta el destino, la elegante naturalidad con la que se saborea la vida, conscientes de que es un bien precioso que fluye y escapa como río al mar, tal como cantara Jorge Manrique. Por ello al andaluz no le calan demasiado los problemas de la sociedad actual, con



SANCHEZ MORENO

Pequeño monumento lucentino con algunos de los tópicos símbolos de Andalucía.

sus prisas y nervioso ir y venir a ninguna parte; piensa que si de verdad existe algo importante es sentir y gozar de este emocionante y prodigioso hecho que nos acontece: vivir. Sin que ello signifique, tampoco, eludir aquéllos problemas; pero el enfoque, de la forma de verlos y tratarlos es distinta y puede que, en ocasiones, sorprendente para las mentalidades de otras latitudes.

Esta forma de ser y actuar, aparentemente despreocupada, pero certera en el fondo, ha dado lugar a que se haya formado una imágen distorsionada de Andalucía, a veces grotesca. La gracia, el humor con los que el andaluz aborda situaciones para otros preocupantes o difíciles, no significa irresponsabilidad, ni abandono, ni cobardía; es simple y clara cons-

ciencia de que pocas cosas, de tejas abajo, merecen angustiosas preocupaciones ni amargas desesperanzas. La vida bulle en nuestro derredor, la percibimos en nosotros espléndida y seductora, y esta sensación, inexplicable, basta para producirnos bienestar y tranquila felicidad. Todo lo demás resulta accesorio y carece de importancia. Y cuando las circunstancias son adversas, hay que superarlas, incluso riéndose de ellas, y de nosotros mismos. Como lo hace esta Lucena nuestra cuando, en algunas de letras de sus fandangos, ironiza sobre el destino fatídico, cantando aquello de que

El que nace pobre y feo,
se casa y no es "querío",
se muere y va al infierno,
¡vaya juerga que ha "corrío"!